

VIAJE A ESTAMBUL (ISTANBUL)

El sábado día 21 desde la plaza de la Universidad emprendimos como el elefante de Saramago nuestro viaje a lo desconocido. Desconocido era el país y, por supuesto, el tiempo que nos esperaba; pero en la vida siempre estamos viajando y vamos llenando el viaje. ¿De qué hemos llenado nuestra estancia en Estambul?: mezquitas y palacios, bazares y plazas, estrechos y mares, barcos y taxis amarillos (los naranja te llevan al aeropuerto), aire y lluvia, nieve y frío ; mucho frío, que compensábamos con el calor humano y el asombro de ver y contemplar una cultura y unas costumbres diferentes.



Pero comencemos:

Llegamos al atardecer, casi de noche, pues el reloj del tiempo nos robó una hora. El viaje en avión con luz y de día nos permitió contemplar islas como Baleares y Córcega; penínsulas como la italiana y la balcánica; montañas como los Apeninos y los Balcanes. Toda una lección de geografía. Era un homenaje a Don Jesús.

Nos instalamos en el hotel acompañados de Darío, nuestro guía. Era un hombre serio y cordial a la vez; respetuoso y gran comunicador. ¡ Ya nos gustaría a todos hablar cualquier lengua como él hacía uso del castellano! El hotel, acogedor como sus gentes. Los turcos son gente muy amable y servicial.

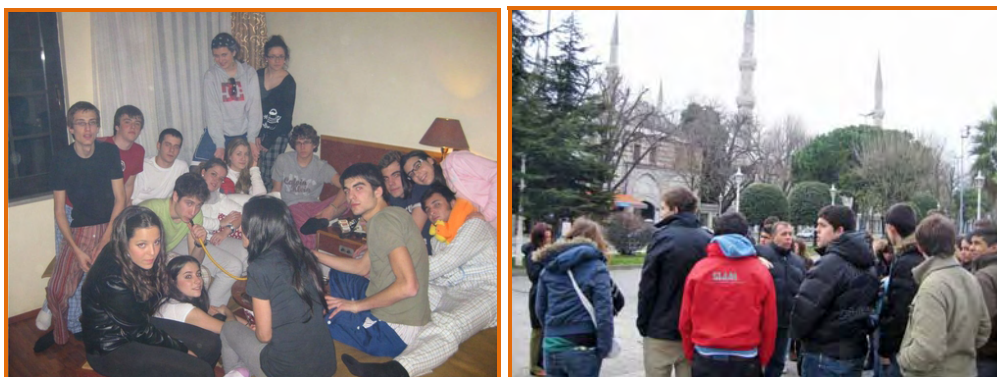


A las nueve de la mañana del domingo estábamos dispuestos a afrontar las inclemencias climatológicas y comenzar con los ojos bien abiertos nuestro periplo turco. El Hipódromo construido por el emperador Septimio Severo nos recibió con su octogonal fuente alemana de estilo bizantino, y sus tres columnas: el obelisco egipcio, la columna de Constantino y la columna serpentina. Eran inevitables las primeras fotos, pero sobre todo la de grupo para dejar constancia de nuestro paso por esta tierra. Frente a esta construcción romana, nos quedamos atónitos ante la mezquita más grande y fastuosa de Estambul: la mezquita del sultán Ahmet popularmente conocida como mezquita azul por el color azul vivo y verde de los mosaicos que decoran la parte superior y la cúpula. Cubiertas las chicas nuestras cabezas con un pañuelo y todos descalzos nos perdimos como en un sueño entre el mihrab, el mimbar, las luces, las cristaleras y sobre todo la sensación de recogimiento y paz. Magia, exotismo, espiritualidad; un cruce de impresionantes

sensaciones. Contrasta con la más pequeña y antigua, la de Eyup, cuyo interior es magnífico con decoraciones de oro y elegantes alfombras.



Como la ciudad está rodeada de mares, estrechos y un estuario no podíamos dejar de recorrer el estrecho del Bósforo, que une el Mar de Mármara y el mar Negro, además de separar el continente europeo del asiático. Desde el barco contemplamos meditando sobre sus grises aguas, sus villas, la muralla que se extiende desde el mar de Mármara hasta el Cuerno de Oro, estuario que recibe ese nombre por la forma que adopta y por el reflejo del sol sobre sus aguas. A nosotros nos pareció el cuerno de zinc. (Volveremos en verano); mezquitas en el lado europeo como la de Ortakoy y el palacio, residencia de verano del sultán, de Beylerbeyi, en el lado asiático. Un incidente sin importancia nos hizo cambiar de autobús. Con el nuevo vehículo atravesamos el Bósforo, esta vez por el puente colgante del mismo nombre.



En los días siguientes, lunes y martes, serían los palacios y la Basílica Cisterna, los que nos deslumbrarían. El palacio de Topkapı, donde vivieron y gobernaron los sultanes y su corte, ofrece tres patios, el harén (lugar privado del sultán y su familia) y un museo. Pudimos ver uno de los diamantes más grandes del mundo entre otros

muchos tesoros. No menos fastuoso, el palacio de Dolmabahçe atrae por sus enormes lámparas de cristal de Bohemia; los colores, rojos, azules y verdes de sus cristales están en consonancia con el tono del mobiliario y las enormes alfombras. En algunas de ellas se podría construir uno de nuestros pisos de 120 metros cuadrados.



Del esplendor, el lujo, el colorido y el poder, nos sumergimos en un escenario de luz y música clásica. Un bosque de columnas (336) forman la cisterna de Yerebatán donde se depositaba el agua en otro tiempo para uso de la ciudad; dos de ellas reposan sobre dos enigmáticas cabezas de medusas. Flotábamos en una atmósfera mística.

Y dejamos para el último día con Darío, el contraste del silencio y de la agitación: el silencio de la esperada Santa Sofía (sabiduría divina) y la agitación del Gran Bazar.



Santa Sofía, catedral cristiana primero, mezquita después, hoy se presenta como museo: el museo de Ayasofya. Actualmente se están sacando a la luz los mosaicos bizantinos que habían sido recubiertos en 1750. Es la cuarta iglesia más grande del mundo ¿Os imagináis la sensación de pisar el mismo suelo que en otro tiempo pisó el emperador Constantino?

El Gran Bazar (Kapali Carsi), es uno de los mercados más variados del mundo y el más grande de Turquía. Cuero, alfombras, cerámica, cristal, relojes (imitaciones de las grandes firmas), zapatos...; todo lo que queráis se puede encontrar allí. ¿Y el idioma? No hay problema. “Más barato que en Carrefour y el Corte Inglés” es una frase que se escucha en el más perfecto castellano. Ahora bien; si no hay regateo no hay compra. Nuestros muchachos eran grandes maestros en este arte ya fuera con liras o con euros. Llegamos al hotel con pulseras, bolsos, pasminas, el ojo de la buena suerte, alfombras...; parecía un bazar en pequeño.



El jueves día libre y último de nuestra estancia en la ciudad turca; decidimos utilizar los medios de transporte que nos faltaban (también montamos en coches de caballos, “faetones”, en las islas Príncipes) para trasladarnos a la plaza Taksim, donde su calle peatonal, Istiklal, de dos kilómetros de largo, nos ofrecía bares, cafeterías, tiendas y sobre todo resguardo del peor día metereológicamente

hablando. Primero en tranvía, luego en funicular, además de la odisea de los dos jetones, fuimos y vinimos de Kabataç a Lalelí y llegamos al hotel sin ningún problema. Habíamos conquistado la ciudad. ¿Nos había conquistado ella a nosotros?. Al evocarla en estos momentos percibo la magia de sus calles, de la llamada del moecín a la oración, de los olores sentidos, de las tonalidades vividas, ¡Sólo nos ha faltado la LUZ!



Quizá penséis que no hemos comido ni hemos hecho “horas” en el hotel. Todo lo contrario. Las comidas con kebab, pescado, verdura, ensalada (pepino todos los días) fruta, dulces y muchas especias ha estado a la altura de las circunstancias y en lugares desde los que se podía disfrutar de la estupenda naturaleza turca. Restaurantes a orillas del Bósforo, del Mar de Mármara, con camareros solícitos y amables que ofrecieron flores a las guapas alumnas de 2º de bachillerato. Y ¿qué decir del hotel? Era como nuestro cuartel general con habitaciones, pasillos por los que se paseaba de puntillas, escaleras de emergencia para los apuros (Claro que siempre te podías encontrar con un rostro no esperado), Internet; y una sala donde poder ver al Liverpool y al Madrid; tomar tranquilamente un té turco y celebrar el cumpleaños de Pablo Alcalde. ¡Felices 18 en Estambul!



Y ya está prácticamente lleno nuestro viaje. La vuelta a casa en la TURKIS AIRLAINES (alguno casi se queda) con el mismo tranquilizante paisaje.

Todo un regalo para los sentidos











